

# LIBROS

## Un nuevo tomo del «Diccionario secreto» de Cela

Quizá fue Camilo José Cela un niño de los que pretenden aclarar el mundo enigmático que se trasluce en el vocabulario encubierto de los mayores con la consulta clandestina al diccionario de papá; quizá le venga de entonces su preocupación por el habla y por el oscuro tema que quiso



esclarecer; quizá ya cuando le preguntaban «¿Qué quieres ser de mayor?», respondía: «Académico de la Lengua». Sean cuales fueren las causas que dieron origen a esta fuerte vocación, debemos felicitarlos de ellas. Aparte de un grandísimo escritor, de un hablante con pocos iguales en la literatura castellana, Camilo José Cela es un académico profesional, «rara avis» en la Casa que muchos de sus numerarios utilizan para limpiarse, fijarse y darse esplendor a sí mismos, en lugar de al idioma que dicen que los llevó a ella. El tomo segundo de su

«Diccionario secreto» (1), que sale a la venta cuando ya se agotan las ediciones de bolsillo del tomo primero, continúa su alarde de enumeración, explicación, investigación y estudio del extenso vocabulario referido a las «partes obscenas» («Es malhumorado e iracundo ñoñismo y señalamiento inmediato referido al conjunto de las del hombre [o del macho de cualquier especie de animales superiores]; puede aplicarse a la mujer, o a la hembra de aquellos animales») y de las acciones que algunos españoles de escasa reciedumbre moral, o quizá instigados por agentes venidos del exterior, se deciden a cometer con ellas. Cubre este volumen, a lo largo de medio millar bien pesado de páginas, las series «pis» y sus derivados y afines. Clasificación, definición, relaciones, aparecen avaladas por citas de autoridades que van desde el tango, el simple chiste de calendario o la frase escucha-

a su conocimiento y fijación, es especialmente importante por cuanto se refiere a una extensísima parcela de vocabulario presente a lo largo de toda la historia de la lengua, pero no reconocido por la pusilanimidad de los lingüistas a pesar de estar continuamente utilizado no sólo por el pueblo, sino por grandes escritores cultos. Ciertamente nos gustaría leer a Camilo José Cela en una glosa más libre acerca de todo este vocabulario, de sus posibles etimologías, de su relación con las represiones, las costumbres y los tiempos. Esta no es, claro, misión del «Diccionario» que ahora va publicando, donde todo ello está escuetamente anotado y sugerido con la seguridad que requiere una obra científica, pero nos sentimos con derecho a esperar que alguna vez Cela quiera escribir unos comentarios a su propio «Diccionario», que serían sin duda muy enriquecedores. ■ H.

## Walter Benjamin, entre nosotros

Pero, ¿quién fue, en definitiva, ese silencioso suicida e inclasificable intelectual llamado Walter Benjamin? ¿Fue, acaso, como nos diera a entender T. W. Adorno, su abacea y primer «caracterizador» oficial (1), ese «sujeto que realmente recibió en su cuerpo todas las experiencias originarias sobre las cuales la actual filosofía oficial se limita a charlar elocuentemente»? ¿Tal vez fue, como parece asegurar Hanna Arendt (2), una extraña mezcla de desvalido «homme de lettres», catalizador de contrasentidos ideológicos judeo-marxistas, jorobadísimo depositario de inevitables catástrofes personales y morbosos coleccionista de libros inútiles, citas literarias, cereales talmúdicos y pisapapeles de cristal? ¿Fue quizá, como sospecha Alberto Arbasino (3), un hombre que «no recibió de sus amigos más que palos»? ¿Fue filósofo o teólogo, crítico literario o historiador? ¿Fue una víctima —el último «bouc émissaire» de la cultura europea? Lo único cierto es que hoy, a treinta años vista de su muerte, la «caracterización»

de Walter Benjamin nos resulta poco menos que imposible. T. W. Adorno operó, hace bastantes años, con un material casi virgen: Walter Benjamin fue, por así decirlo, «su» Jusep Torres Campalans. Ahora, de golpe y porrazo, Adorno se ha convertido en «traidor» o algo por el estilo, y la escuela «americana» de Francfort, en una sucursal de

patrocinio mental caben postimos, entre el desconcierto y la benevolencia —posturas ambas bastante estúpidas—, al «boom» de Walter Benjamin. Y si, naturalmente, siempre es terrible que «algo» se ponga de moda y uno no sepa a qué atenerse, lo es mucho más cuando se trata, como en este caso, de un pensador honesto y brillante bajo cuyo



la CIA. En un país como el nuestro —en el que el prurito de que las cosas sean claras y el chocolate espeso no es otra cosa que dogmatismo mal encubierto—, la resurrección tardía de Walter Benjamin es particularmente grave e inquietante. Hace aproximadamente un año nos llegó su «Angelus Novus» (4), excelente recuento benjaminiano que, por desgracia, no encontró la repercusión pública que se merecía. Ahora se ha iniciado la publicación de las «Illuminaciones» (5). Su prologuista y traductor, Jesús Aguirre, las considera eficaces —y no le falta un pelo de razón— «como correctivo de apresuramientos y dogmatismos aparentemente izquierdosos». El caso es que asis-

turas de muy encontrado cariz ideológico.

Porque si algo puede definir a Walter Benjamin de modo absoluto es precisamente su asistemática. O si se prefiere: su antiescolasticismo. Y ello es, por supuesto, lo que nos permite (sin temor a errores de bulto) aceptar o rechazar indistintamente a sus múltiples glosadores. Sabemos que el más significativo de éstos, T. W. Adorno, afirmó —y no nos queda más remedio que aceptarlo— que la subjetividad del pensamiento de Walter Benjamin era «exagerada hasta la caricatura, hasta la diferencia específica». Adorno acertó en muchos otros aspectos, como es lógico. Dos de ellos me parecen fundamentales. Primero: que la filosofía (si alguna vez la hubo) de Benjamin consistía paradójicamente en un «filosofar contra la filosofía», y que, por tanto, debía ser delimitada en función de las categorías que no se daban en

(1) Camilo José Cela, de la Real Academia Española: «Diccionario secreto». Tomo II. Series «iz» y afines. Editorial Alguara, Madrid-Barcelona, 1971.

(2) Hanna Arendt, «Walter Benjamin, Bertolt Brecht, Hermann Broch, Rosa Luxemburgo». Traducción de Luis Izquierdo. Ed. Anagrama. Barcelona, 1971.

(3) Alberto Arbasino, «Off-off» (Adorno, Adorno). Ed. Anagrama. Barcelona, 1971.

(4) Walter Benjamin, «Angelus Novus». Traducción de H. A. Murena. Prólogo de Ignacio de Sola-Morales. Edhasa. Barcelona, 1970.

(5) Walter Benjamin, «Illuminaciones/I». Traducción, notas y prólogo, de Jesús Aguirre. Ed. Taurus. Madrid, 1971.